

# Una encuesta política en la España de la preguerra

A comienzos de 1934 ya no bajaban puras las otrora cristalinas aguas de aquel metafórico arroyo al que Ortega y Gasset recurrió para reflejar cabalmente la limpia implantación de la República. Descabelladas intentonas, huelgas revolucionarias, sórdidas represiones, la frustrada sublevación de Sanjurjo y, por fin, como símbolos máximos de una realidad crispada, los nombres de Castilblanco y Arnedo más el definitivo colofón de Casas Viejas: la violencia había sembrado de incertidumbre el porvenir de la República.

Rota, desgarrada, la conjunción gubernamental, desunidos y aún enfrentados sus antiguos integrantes, las elecciones de noviembre del 33, saldadas con el triunfo de las derechas, convertirían a la CEDA en el primer partido del Parlamento. El octubre de Asturias, sus 4.000 muertos y la consiguiente estela de cárceles, pesares y destrucciones, dibujaba sus dramáticos contornos en el horizonte.

El panorama internacional tampoco resultaba precisamente halagüeño: Hitler, canciller desde el 30 de enero de 1933, había conseguido, gracias al manipulado incendio del Reichstag, que los diputados alemanes, con la digna excepción de los socialdemócratas, le concediesen plenos poderes por un período de cuatro años, mientras Mussolini, sólidamente afianzada su dictadura, no cesaba de prodigar amenazas de rearme ni de alardear con tenebrosas pretensiones imperialistas. Desde Moscú, por su parte, la Internacional Comunista seguía transmitiendo a las distintas secciones nacionales las sectarias consignas de aquella política de «frente unido de los trabajadores» que tan crudamente se había revelado fracasada en Alemania. En febrero del 34, coincidiendo con la publicación de los reportajes que a continuación van a ocuparnos, el Gobierno católico de Austria añadió el nombre de los obreros socialistas de Viena a la nada envidiable relación de las sangrientas represiones interiores más excesivas. Aquellos sucesos conmocionaron a Europa, al mundo. ¿Fascismo o comunismo? La interrogación no escondía una clave retórica.

Tratando de satisfacer la inquietud de sus lectores, Federico M. Alcázar, redactor de *La Voz*, una especie de réplica popular de *El Sol*<sup>1</sup>, indagó entre varios de los mejores escritores españoles de la época. Han transcurrido cerca de cincuenta años. Nada justifica tan prolongada desmemoria.

---

<sup>1</sup> Nicolás María de Urgoiti fundó en 1920 *La Voz* para equilibrar el balance de la empresa editora de *El Sol*, periódico que, no obstante su inmenso prestigio e indiscutida calidad, perdía bastante dinero a causa de sus numerosas páginas y el crecido montante de su nómina, desembolsos que de ninguna manera llegaban a cubrir los ingresos de venta y publicidad. En esencia, *La Voz* sustentaba el mismo ideario que *El Sol*, aunque dando a los temas un tratamiento menos elevado, más popular. Estos reportajes de Alcázar responden y reflejan muy bien sus características.

## 1. Pío Baroja: el escepticismo, la desconfianza

El sencillo novelista vasco, dispuesto como siempre a entablar conversación, recibió sin dificultades al periodista. Amable y relajado, su desconcertante normalidad, exótica en medio de tanta injustificada petulancia altisonante como le rodeaba, confiere un tono de plácida cotidianeidad a este primer reportaje.

«A mí no me gusta —comenzó— dar opiniones políticas prácticas porque no tengo mucha confianza en mis ideas. Ni en las mías ni en las ajenas», agregó —según Alcázar— con un gesto de amable escepticismo. «En estas cuestiones lo único que vale es lo empírico demostrado.

No creo en la posibilidad en España del fascismo ni del comunismo —continuó—. El fascismo ha crecido en Italia y en Alemania en medios militarizados y patriotas que no existen en nuestro país. Nosotros no tenemos alma de fascistas. No hemos cantado nunca ningún *Deutschland über alles*, ni siquiera una *Giovinezza*. Aquí hay un espíritu de patriotismo literario viejo y un poco cursi: la raza latina, los Reyes Católicos, Colón, el Imperio español... Todo eso es literatura manida y fósil que no llega a la multitud. Es cosa de academia, de literatos desconocidos y de funcionarios retirados; ideas que pueden servir un momento de adorno y de divisa para estudiantes y señoritos reaccionarios. Hablar del imperio español es absurdo. Los españoles podemos entusiasmarnos con las aventuras de nuestros héroes de la conquista de América: Cortés, Pizarro, Almagro, Valdivia, etc., virtuosos de la energía; pero entusiasmarnos con la obra que dejaron es ridículo, porque esa obra de españolización de gran parte del continente americano no nos da gloria, ni dinero, ni nada.

Como digo —insistía—, no creo en el fascismo. Ahora, lo que no me parece difícil es que más pronto o más tarde haya una dictadura dentro de la República española, de aire técnico, clara o disimulada.»

Satisfecha la primera pregunta, Alcázar le inquirió por la suerte que auguraba al comunismo. Baroja, coherente consigo mismo, tampoco creía en sus posibilidades:

«... lo encuentro irrealizable —afirmó—. Eso de la dictadura del proletariado es un lugar común de mitin que no puede engañar a nadie. Si fuese posible que triunfase dentro de la República una tendencia comunista veríamos algo semejante a lo que hemos visto con el semitriunfo socialista después de la revolución de abril. Veríamos más empleados, más burócratas, más oficinas. Veríamos ministros comunistas en magníficos automóviles blindados, con policías por delante y policías por detrás; las reformas aparecerían en la "Gaceta" y se llevarían a cabo como la reforma agraria, es decir, nunca. Habría nuevos Casas Viejas, el dinero de las empresas industriales se vendría abajo, habría más parados y el papel del Estado seguiría arriba. El fiasco sería completo, porque si los españoles somos torpes en una sociedad poco colectivista, y, por tanto, sencilla, con una más colectivista seríamos torpísimos. Para mí la solución es, no más Estado, sino menos Estado, el mínimo de Estado posible. Como digo, en calidad de solución, no creo en el fascismo, ni en el comunismo, ni en el anarquismo. Ahora, luchar contra ellos como se quiere luchar no dejándolos respirar, impidiendo sus reuniones y que se publiquen sus periódicos, me parece una estupidez. En el fascismo naciente, republicanos y socialistas han cometido una torpeza. Ante una tendencia que probablemente habría de venir, lo más lógico habría sido dejarle el paso abierto; pronto hubiera mostrado la oquedad de sus entrañas.

Cuanta más violencia y más fuera de la ley se coloque a esos sistemas, tendrán más presión. En cambio, al aire libre irían desenvolviéndose poco a poco.»

A continuación, desde su sabio sentido común, don Pío amagaba un gesto desdeñoso. Alcázar le había preguntado por el Parlamento, el Charladero Nacional en estricta denominación barojiana <sup>2</sup>.

«El parlamentarismo actual es una institución caduca, de muy poco valor, que hace una selección a la inversa —contestó rotundo—. La prueba está —razonaba— en que si mañana un periodista extranjero nos preguntase: *Quisiera conocer el estado espiritual de España. ¿A quién cree usted que debo dirigirme?*, le contestaríamos, sin prejuicio hostil para nadie: vea usted a Ortega y Gasset; hable usted con Cajal, con Unamuno, con Menéndez Pidal, con Benavente, con Marañón, con Azorín... Por excepción, se nos ocurriría citar el nombre de algún político o de algún diputado, y es que tenemos la idea, ya antigua, de que ellos son los que gobiernan a España, pero que no saben una palabra de lo que es España.

—Pero ellos creen lo contrario —apuntó Alcázar.

—¡Hombre, claro! —exclamó el novelista—. El tonto no cree que es tonto. Pero créame usted: la formación espiritual de la mayoría de los políticos es de recortes de periódicos. Por eso, en el fondo, miran con hostilidad a la prensa, a pesar de halagarla. Porque conocen su preparación.

—¿Y no ve usted medio de transformar el parlamentarismo? —insistió el periodista.

—No sé, no sé —vaciló—. Yo creo que tal vez fuera eficaz el llevarlo a congresos regionales, corporativos, patronales y obreros, sin ninguna tradición histórica, formados por necesidades geográficas y económicas, y que en Madrid no debía haber más que una especie de Consejo de Estado técnico. Esto me parece que sería quitar a la política ese aire sensacional de un dramatismo pueril, ridículo, de baja literatura, y dedicarla a ver si podía mejorar las condiciones de la vida, que es lo que nos interesa a todos.

El maestro hace punto final en la charla; Alcázar termina con unas atinadas palabras de Ortega y Gasset: Baroja “siempre dirá lo que siente y sentirá lo que vive”, apuntaba el filósofo, “porque no vive —seguía— al servicio y domesticidad de nada que no sea su vida misma, ni siquiera el arte, o la ciencia o la justicia. Llámese a esto si se quiere nihilismo; pero, entonces, es nihilismo la actitud sublime: sentir lo que se siente y no lo que nos mandan sentir”. Se trata, sin duda, de una certera definición.»

(*La Voz*, Madrid, 27 de enero de 1934, pág. 2.)

## 2. Jacinto Benavente: escepticismo, pero esperanza

Tras Baroja, tres días después, Benavente. El dramaturgo tampoco creía factible la implantación de ninguna dictadura en nuestro país. ¿En qué se basaba? ¿Cuáles eran sus razones?: el célebre individualismo español, extrañamente interpretado —no sólo por él— como una garantía de libertad. Nadie parecía reparar en las infinitas posibilidades que dicho sentimiento individualista brindaba a cualquier movimiento dictatorial que se mostrase dispuesto a apurar hasta sus últimas consecuencias todos

---

<sup>2</sup> Véase su artículo «Lo que nos importa», publicado en *El Globo*, Madrid, 5-IV-1903, y recopilado en *Hojas sueltas*, tomo II. Madrid, Caro Raggio, 1973, págs. 241-3.

los mecanismos de la violencia. Benavente, que acabaría dando un penoso ejemplo de insolidario individualismo al plegarse con sumisa —y temblorosa— docilidad a la dictadura franquista, mantuvo este diálogo con Alcázar:

«No creo en el fascismo; mejor dicho, en la posibilidad de su implantación en España —comenzó—. Y si llegara a realizarse duraría poco. Todas las dictaduras ejercen sobre las multitudes un espejismo, una sugestión, porque fomentan sus instintos primarios; pero carecen de valor permanente. Llevan en su aparente virtud su limitación; son contrarias a la naturaleza humana. Como que la civilización tiende a disminuir los poderes coercitivos. Se soportan, pero no se acatan espiritualmente, que es lo interesante. Por eso se derrumban.»

Bien, así empezó Benavente. Pero Alcázar se apresuró a recordarle que el fascismo llevaba una larga temporada implantado en Italia.

«Cierto —reconoció—. Es un hecho que no puede negarse. ¿Pero qué suponen —objetó— quince o veinte años de permanencia de un régimen en la vida de un pueblo, y sobre todo para juzgar de su bondad y eficacia? Claro que para los individuos que lo sufren equivale a una eternidad; pero un sistema de esta naturaleza hay que verlo proyectado en la distancia, y la distancia en la evolución de un pueblo se mide algunas veces por siglos.»

Distancia, evolución, perspectivas... El, don Jacinto Benavente, impertérrito, continuó engolfado en sus disquisiciones:

«... el fascismo es un régimen de caudillaje, necesita de un sedimento militarista, nacionalista, y masas jóvenes que lo acojan con fervor, y sobre todo, y esto es lo más importante, un caudillo, un caudillo que los sugestione y enardezca. ¿Y dónde está ese caudillo español tipo Mussolini o Hitler?»

—Los fascistas —le señaló Alcázar— confían en que surgirá.

—Puede ser —respondió Benavente—... (pero) desconfío de una organización que espera la llegada de un caudillo. Precisamente, el fascismo se forma en torno a una figura que encarna un sentimiento. Le repito —insistió— que no creo en eso, aunque los acontecimientos me sorprendan...

—¿Tampoco en el comunismo? —apuró el periodista.

—Tampoco —reafirmó seguro—. Es otra dictadura que no llegará a prosperar en España. Somos demasiado individualistas para soportar un régimen semejante. Tal vez la clase media y los intelectuales lo soportaran momentáneamente por resignación y filosofía; pero ¿el pueblo?, ¿los trabajadores? ¡Imposible! Serían los primeros en rebelarse. Cuando yo veía en Rusia aquellas colas de gente esperando pacientemente a que les dieran media libra de azúcar y una de pan, pensaba lo difícil que sería en España obligar a las mujeres y a los obreros a soportar esta larga espera.

El reportero supo intensificar la conversación: «Pues los obreros contemplan a Rusia como un paraíso», se limitó a insinuar. Aquello provocó un largo párrafo:

«¿Paraíso?», exclamó extrañado Benavente. ¿Pero usted cree que si fuera así yo no hubiese realizado todo lo que tengo y viviría allí? Mire usted, el error inicial de los caudillos comunistas estriba en creer que estos regímenes de tipo excepcional y heroico son susceptibles de implantarse en todos los pueblos. Rusia es un clima adecuado para el comunismo o para el zarismo. La raza eslava tiene una tradición de esclavitud y misticismo propicia a estas dictaduras. Si a esto agrega usted su ignorancia, tendrá explicado el hecho del comunismo ruso. Cuando Occidente había abandonado el Renacimiento y la Reforma se iniciaba en Rusia la Edad Moderna. Y a pesar de todo esto, si no surge en Rusia la guerra, y con ella el desastre y el hambre, no creo que se hubiera implantado el comunismo. Además, que el comunismo ruso ya no es lo que era hace ocho años. Convencido de que así no podía sostenerse, evoluciona de día en día, buscando una fórmula más racional y humana. Todos los

extremismos llevados a sus últimas consecuencias son irrealizables, irrealizables en el sentido de ser estables. Extreme usted la doctrina cristiana y márchese al desierto. Imposible. La virtud más grande de estos caudillos de multitudes debe ser el sentido de la medida; saber previamente lo que es o no asequible a cada pueblo.

—Pues, a pesar de su observación —matizó Alcázar—, estamos frente a un movimiento de esta naturaleza.

—Es posible; pero le repito lo que he dicho del fascismo —mantuvo Benavente—. No creo España clima a propósito para que se desarrolle y eche hondas raíces.

El hambre —le advirtió su interlocutor—, y la injusticia social pueden hacerlo posible.

Benavente dio rienda suelta a su indignación. El periodista había acertado en el blanco:

«Indudable», asintió. «Pero de eso tienen la culpa: primero, los gobernantes, y segundo, las derechas. Desde hace treinta años, en España gobierna el miedo. No se han atrevido a hacer nada por miedo a las derechas, y las derechas han sido tan insensatas que no han comprendido que tenían que ceder parte de sus privilegios y sus bienes. Yo les he oído decir a varios señores que el obrero andaluz, con un gazpacho y un fandango tenía bastante. Y, naturalmente, ese concepto inhumano del trabajador tenía que traer las consecuencias que hemos lamentado. Hasta a mí han llegado a mirarme con hostilidad porque algunas veces me dolía ante ellos de la triste condición del obrero. Las derechas españolas, como le he dicho, son de una intransigencia suicida. Aquí no se ha podido hacer nada por temor a ellas. Ni al divorcio, ni a la libertad de cultos, ni a una más equitativa distribución de la riqueza, se han podido tocar. Pero lo más curioso es que toda esta feroz intolerancia en España se transformaba al pasar la frontera. Les agradaba llegar a Londres y encontrarse con una magnífica catedral católica; pero en España creían que era una tremenda herejía tolerar el culto protestante. Ahora mismo permanecen sordos a los clamores del mundo...»

Sorprendentemente, como si desconociese el alcance de cuanto acababa de manifestar, el dramaturgo veía, o quería ver, el futuro de la República con optimismo. Al menos, eso fue lo que dijo:

«Creo que a pesar de los conflictos que puedan perturbarla, se consolidará. Izquierdas y derechas llegarán a una transacción, como ocurre en todos los países del mundo. Intentar otra cosa me parece de poco sentido político y patriótico.»

(*La Voz*, Madrid, 30 de enero de 1934, pág. 2)

Así pensaba Benavente a comienzos de 1934. Y, alineándose al lado de la República, idénticas opciones mantuvo a lo largo de toda la guerra, firmando, en consecuencia, los correspondientes manifiestos, enviando sendos sonetos de apoyo a *Ayuda*, «órgano del Socorro Rojo», y *Hora de España*, y sin privarse siquiera de efectuar declaraciones tan rotundas como las que concedió a Jean Braman: «A él (al pueblo), se lo debo todo». «El fascismo», seguía, «estoy seguro, es el hijo sangriento de la Inquisición: se apodera del trabajo para explotarlo, del movimiento para forzarlo, del heroísmo para envilecerlo, de la gloria para mancillarla, del pensamiento para prostituirlo. Yo no puedo estar a su lado». Más rotundo aún: «Prefiero caerme de inanición o morir aplastado por las bombas antes que postrarme a los pies de los invasores. Nada podrá hacerme ceder...»<sup>3</sup>. ¿Nada podría hacerle ceder? En cuanto se

---

<sup>3</sup> La entrevista en cuestión obtuvo cierta difusión. Entre otras publicaciones periódicas españolas, la

consumó la derrota, Benavente se apresuró a alinearse con los vencedores. Habló entonces de miedo, citó coacciones, y se entregó de lleno a la penosa tarea de invadir escenarios con obras absolutamente residuales. Las dictaduras, había dicho, «se soportan, pero no se acatan espiritualmente, que es lo interesante. Por eso se derrumban». El, sin embargo, no se limitaría a soportarla.

### 3. Valle-Inclán: en España, si es que se produce, la revolución tendrá características específicas

El 3 de febrero llegó el turno de Valle-Inclán, escritor siempre espectacular y polémico en sus intervenciones públicas, cuyas palabras al respecto serían esperadas con singular expectación: nadie habría olvidado todavía las tremendas declaraciones que en agosto del treinta y tres concedió a *Luz*<sup>4</sup>. Causando generalizado estupor, improvisó entonces una inesperada apología del régimen fascista de Mussolini, exaltando el sentido del ideal que el dictador italiano supuestamente inculcaba a su pueblo, apología, para mayor asombro, acompañada por una disparatada interpretación sobre dictaduras y luchas de clase.

En aquella nada lejana ocasión, la obligada réplica comunista corrió a cargo de César M. Arconada. Desde las páginas de *Octubre*<sup>5</sup>, Arconada presentó a Valle como prototipo de escritor irresponsable, retórico, «admirador de los grandes gestos», arcaizante y anacrónico, «actor perpetuo del monólogo de sus arbitrariedades y de sus ingeniosidades». Excepto a él, genial creador del esperpento, incondicional partidario de las escenografías rimbombantes, a nadie, concluía —con sobrada razón irritado— Arconada, lograrían seducir ni engañar las ridículas parafernalias, encubridoras de evidentes peligros, de tramoyas, marchas y músicas que tanto agradaban al Duce.

Aún sin apagar el escándalo suscitado por tales manifestaciones, en esta ocasión los comunistas decidieron adelantarse a los acontecimientos. Y así, sin duda con el sano propósito de influir en sus declaraciones, el 24 de enero, en cuanto se corrió la noticia de los reportajes que preparaba *la Voz*, se apresuraron a insertar un breve suelto en su diario *La Lucha*<sup>6</sup>. Se trataba, argüían, de atajar los infundados rumores sobre el fascismo de Valle; en realidad, creo yo, fue una ineficaz manera de sugerirle que observase una conducta a tono con la imagen derivada de dicho desmentido. Mal le conocían en la redacción de *La Lucha*.

«Me parece acertada la opinión de Benavente», comenzó. «Creo que es la única postura lícita para un hombre que, aceptando el hecho, la realidad de su existencia, y reconociendo las virtudes y defectos del fascismo y del comunismo, permanece equidistante de las dos tendencias».

A pesar del mensaje comunista, o quizá precisamente por eso, la conversación había empezado casi de la peor manera posible: equiparando al fascismo con el comunismo, reconociendo que ambos presentaban ventajas e inconvenientes.

---

reprodujeron *La Vanguardia* (Barcelona, 4 de junio de 1938), y *El Mono Azul* (Madrid, núm. 46, julio del mismo año).

<sup>4</sup> «Don Ramón del Valle-Inclán habla de sus impresiones de Italia», en *Luz*, Madrid, 9 de agosto de 1933.

<sup>5</sup> «Valle-Inclán vuelve de Roma». *Octubre*, Madrid, núm. 3, agosto-septiembre de 1933, págs. 30-1.

<sup>6</sup> «En el café». *La Lucha*, Madrid, 24 de enero de 1934. Sec. «La Ciudad».

«Bien, don Ramón», le apostilló Alcázar, «pero España está amenazada por la derecha y por la izquierda con una dictadura, y la gente se pregunta angustiada, ¿qué va a pasar?»

Un gesto de incertidumbre se apoderó de su rostro, anotó Alcázar. La situación no estaba para bromas. Y Valle-Inclán lo sabía:

«Cualquiera sabe lo que va a pasar», musitó preocupado. «Ahora», prosiguió, «lo que yo no creo es que aquí se dé una revolución del tipo italiano ni del ruso. Cada pueblo hace su revolución y crea sus sistemas de gobierno. El fascismo es netamente italiano, como el comunismo es ruso, y sería una torpeza traspasarlos íntegros a un pueblo que ni su espíritu, ni su tradición, ni sus costumbres, ni el ambiente son propicios. Si en España llega a producirse la revolución, tendrá un carácter español, o será de tipo portugués, o africano, que son los pueblos que ofrecen más semejanza con el nuestro».

—Sin embargo —inquirió el periodista—, en Alemania ha triunfado el fascismo.

—El fascismo —contestó Valle-Inclán—, alemán tiene pocos puntos de contacto con el italiano. Casi me atrevería a sostener que no es tal fascismo. El neosocialismo alemán es en su fondo y en su forma una ambición imperialista. Mussolini llega al fascismo por un convencimiento, por creer que el socialismo había agotado sus posibilidades. Hitler crea el neosocialismo por un sentimiento de odio, por estimar que la decadencia del pueblo alemán se debe al marxismo. No repara, no analiza, si el socialismo alemán ha cumplido ya su destino, si ha llegado al término de su trayectoria. Para él sólo hay una cosa: el Imperio —que no es un hombre, sino una organización—; y, naturalmente, como el socialismo es enemigo de toda idea imperialista, contra el socialismo va, movido por un sentimiento de dominación y de poder. Le repito que no son iguales, aunque las líneas generales de su arquitectura se asemejen.

—¿Y el comunismo?

—Otra equivocación, pero no de ideario, sino de táctica. Yo no niego que pueda darse en España. Como se van poniendo las cosas, pudiera llegar a ser un hecho. Hay mucha hambre y más injusticia, y sobre todo el predominio cada vez más creciente de la clase trabajadora. Claro que, para esto, se tienen que dar otras circunstancias. Pero lo que yo censuro es que se quiera calcar la revolución rusa. Me parece una ambición pueril. En Rusia fueron posibles muchas cosas que tal vez en España no lo serían. Cada movimiento revolucionario adquiere el carácter del pueblo donde se produce. Observe usted el carácter que adquieren dos revoluciones del mismo tipo político como la francesa y la inglesa. No; no creo en las imitaciones. Y no creo por convencimiento filosófico y por experiencia histórica. Si es cierta la teoría hegeliana de que la historia es el campo de la experiencia metafísica, el lugar donde da sus revelaciones el espíritu universal, y que estas revelaciones constituyen el espíritu de los pueblos, cada pueblo se manifiesta según su espíritu, y la revolución tiene que responder a su naturaleza.

—Entonces, ¿usted cree que la revolución, blanca o roja, puede producirse?

—¡Hombre!, poder, ya lo creo. Pero no me refiero a ese punto, sino a la pretensión que algunos caudillos tienen de imitar los movimientos extranjeros. No. Si en España es inevitable la revolución, tiene que ser española, sobre todas las cosas. ¿Más honda que la rusa? ¿Más superficial que la italiana? Más española. Esta es mi posición y mi creencia. Cuanto más italiano sea el fascismo y más ruso el comunismo —ya sé que es una doctrina genérica a toda la sociedad— menos españoles serán el fascismo y el comunismo de nuestro pueblo. ¿Está claro?

—Evidente —apostilló Alcázar—. pero su posición es un poco pesimista, don Ramón.

—¿Y cómo quiere usted que sea para el hombre que desapasionadamente contempla el panorama de la vida española? Mire usted: en España es donde mejor

han estado las derechas y el clero y donde peor considerado ha estado el obrero. Y cuando se ha intentado restarles parte de sus bienes y privilegios para mejorar a la clase trabajadora, ponen el grito en el cielo. Claro que hay algunos que transigen voluntariamente; pero la mayoría son de una incomprensión feroz. Yo me he preguntado muchas veces, contemplando la actitud de nuestras derechas, qué pasaría en España si el Estado, como sucede en Inglaterra, les quitara el sesenta por ciento de sus rentas. Creo sinceramente que algunos llegarían hasta pegarse un tiro. Palabra.

También el clero está mal acostumbrado. En otros pueblos vive recluso en su iglesia, pero aquí interviene en todo. Y esto es lo grave. Porque lo malo del clero no es que sea clero, sino que el clericalismo se ha convertido en arma política. Lo que le decía a usted Benavente era cierto. Aquí no se ha podido tocar a nada que rozara con la Iglesia. Y así han ido las cosas. La Iglesia, en España, que bien orientada ha podido ser la mejor aliada del trabajador, ha llegado a hacerse odiosa para la mayoría de esta gente por sus halagos y complacencias con la alta burguesía y el capitalismo. Claro que se ha hecho rica, pero ha perdido la entraña popular, el calor de humanidad que da el contacto con las masas y, sobre todo, su ascendiente.

—Una pregunta final, D. Ramón: ¿cómo ve usted el porvenir de la República?

—Bien. Claro que lo vería mejor si no estuviera bajo la amenaza de dos fuerzas que intentan asaltarla; pero creo que unas y otras, en la hora de la lucha —si llega—, pondrán por encima de sus ideales el que debe ser común a todos: la salvación de la República y, con ella, España.

(*La Voz*, Madrid, 3 de febrero de 1934, pág. 2)

Estas declaraciones salieron el sábado. Pues bien, el lunes tronó *La Lucha* que, tachándolas de «incongruentes», amenazó: «Antes de comentarlas, esperamos que el gran escritor las autorice con su silencio o las rectifique»<sup>7</sup>.

Resonó luego el silencio de D. Ramón, y después, al correr de los días, cobraron renovada actualidad aquellos versos de Cervantes: «caló el chapeo, requirió la espada,/miró al soslayo, fuese y no hubo nada». Los comunistas debieron recapacitar; lo mejor, a veces, es el silencio, pensarían. Palabras precipitadas o juicios temerarios al margen, Valle-Inclán, rotundo además en la segunda parte del reportaje, siempre había constituido un magnífico exponente de dignidad y entereza contra el que de ninguna manera les interesaría chocar. Su nombre, por ejemplo, jamás faltaría —ni antes ni después de este incidente— de los comunicados de denuncia o solidaridad con los perseguidos que, por desgracia, cada vez estaban haciendo más frecuentes los agrios perfiles de la situación. Reconociéndolo, a raíz de su muerte, Esteban Vega, presidente a la sazón del Socorro Rojo Internacional en España, escribió un agradecido artículo al que pertenecen estos elocuentes fragmentos:

«Pero en Valle-Inclán», decía, «había algo más íntimo, inédito para la casi totalidad de los españoles: su gesto comprensivo y generoso hacia los caídos, su ayuda a los presos, a los hombres oscuros y anónimos que luchan por una sociedad más justa y humana...

En las postrimerías de la Dictadura, cuando el Socorro Rojo Internacional actuaba en la más rigurosa clandestinidad, Valle-Inclán, en unión de un grupo de intelectuales y artistas, prestaba su generosa ayuda a nuestra organización. Después, al correr de los tiempos, ha continuado dando pruebas de solidaridad. El pequeño grupo de

<sup>7</sup> «Valle-Inclán». *La Lucha*, Madrid, 5 de febrero de 1934. Sec. «La Ciudad», pág. 4.



intelectuales que nos apoyaba durante la dictadura se amplió hasta convertirse en S.R.I. del Ateneo de Madrid, del que Valle-Inclán formaba parte. Cualquier petición de ayuda para los presos políticos y sociales encontró siempre en él una rápida y espléndida respuesta.

.....

Enfermo ya», continuaba Vega, «aceptó complacido la invitación para que figurase en la presidencia de honor del Comité contra la Pena de Muerte. Cuando los Tribunales dictaban innumerables sentencias de muerte, él, que había luchado por una República sin cárceles ni patíbulos para los trabajadores, colocó su valiosa firma en documentos para impedir las infamantes ejecuciones... unos meses antes de su muerte, en los momentos de mayor peligro para los condenados, cuando la reacción intentaba ensangrentar nuevamente nuestro país, aparecieron varios llamamientos con su nombre a la cabeza para que el pueblo se opusiese enérgicamente a las ejecuciones»<sup>8</sup>.

Y es que, en definitiva, una cosa eran las marchas cómico-imperiales o las músicas pachangueras de Roma, y otra, muy distinta, el radical sentido de la justicia de nuestro autor. Ahí queda, para demostrarlo, su obra: el testimonio a la postre más válido, cuando no el único, de un escritor.

#### 4. Unamuno: el sentir contra el vivir de un liberal —¡y a mucha honra!— decimonónico

En estos reportajes no podía estar ausente la voz de Unamuno, punto de orientación fundamental para muchos españoles desde hacía ya largos años. Recluido en su entrañable Salamanca, la entrevista fue sustituida por una cuartilla preparada al efecto. En realidad, daba lo mismo: parece cuando menos dudoso que Alcázar, en el caso de haberse celebrado la entrevista, hubiese logrado arrancarle otras palabras o alterar el monologante discurrir de su apasionado razonamiento. Gustase o no a sus interlocutores, Unamuno siempre solía decir lo que quería; ni una palabra de más, tampoco de menos. No era fácil «tirarle de la lengua».

«¿Comunismo? ¿Fascismo?, me pregunta usted», repetía Unamuno.

«¿Comunismo?», concretaba. «Hay en el español, se dice», y daba así rienda suelta a su pensamiento, «leninistas, troskistas, stalinistas, ¡qué sé yo! Muy enterados de lo que pasa en Moscú, pero no de lo que (sucede) en sus propias casas. De lo más típico, lo que hace poco propuso en las Cortes su único representante en ellas, y era que se entregue a Calvo Sotelo a un tribunal de campesinos y obreros —hoz y martillo— a que lo juzguen. ¡Inocentada mayor...! Sí, para que los seduzca y lo saquen a hombros dándole vivas, *vivándole*, que dicen los argentinos; es decir, avivándole. Y hasta hay comunismo libertario; esto es, anticomunista, que es el colmo».

Luego, de viva en viva, continuaba:

«Lo de los vivas nos trae al fascio, que no sé bien lo que es, y ellos menos. Acaso no más que un viva más». Peor todavía: «Ese es un ¡*Viva la Virgen!*, solía decirse. Después, de las damas paradas: *Esa es una ¡Viva Cristo Rey!* Pronto se dirá: *Ese es un*

---

<sup>8</sup> «Valle-Inclán y la solidaridad». *Mundo Obrero*, Madrid, enero de 1936.

¡Viva el fascio! Y también: *Ese es un ¡Viva la República!* Liturgia y no fervor. Cosa de matar el aburrimiento», añadía. Un «¡Pst!» despectivo cerraba el párrafo.

Y el soliloquio, papel adelante, seguía su curso. Su reflexión se tornó aún más grave, adquirió resonancias inciertas:

Ahora que la necesidad vivida —no vivada— de una sumisa conjunción social y nacional podría traer dictadura. ¿De quién? Del más inesperado. Unos y otros se están dando a conjurar la (no el) fantasma —«pantasma» en ciertos lugares—, y cuando venga, si viene, vendrá de noche, envuelta en una sábana y sobre zancos, y le rendirán acatamiento y hasta adhesión, unos y otros; éstos haciéndose cruces y aquellos haciéndose higas, y quedaremos sólo fuera, riéndonos amargamente de todos ellos, los pocos liberales siglo XIX —¡y a mucha gloria!— que aún quedamos.

Esta nuestra actual edad española, de cuadrillas, camarillas, cabecillas, guerrillas, banderillas, gacetillas... —¡qué diminutivos tan nuestros!—, no lo es de oro, ni de plata, ni de papel, sino de calderilla y de perrillas. Y de chatarra sociológica y teológica, que no social ni religiosa. Y lo que hay de realmente serio es la pistola y de realmente ridículo el Poder. Es lo que en cifra simbólica —aclaraba— creo poder decirle». Punto final: desoladora, intuita, bullendo al fondo, encubierta, una tragedia —la de la guerra— cuya honda magnitud le helaría para siempre la voz. Liberal decimonónico, liberal decimonónico de los que con enorme dignidad podían exclamar ¡y a mucha honra!, un lamentable estruendo de vivas y terrores apagaría su vida.

## 5. Doña Concha Espina: «ismo» con capitular, más cultura, educación y patriotismo

Escena: sentados, frente a frente, doña Concha, egregia dama, y Federico M. Alcázar, un caballero. De ahí el tono de la conversación y los dos alborozados párrafos del comienzo, patente demostración del respeto absolutamente obligado antes de entrar en materia (en materia espiritual, entiéndase). Los exigía el buen gusto.

¡Silencio!, reclamaba Alcázar: una dama noblemente ennoblecida «por su estirpe —uno de sus ascendientes fue Tagle, virrey del Perú (precisaba)— y por su obra literaria, que con la Pardo Bazán y doña Concepción Arenal forma la más gloriosa trilogía femenina de España, va a expresar su pensamiento acerca de tan interesantes cuestiones».

El periodista, supongo, se acomodaría en el sillón, contendría el aliento. No en vano la caprichosa Fortuna le había dispensado la inmensa dicha de recoger las sin duda trascendentes opiniones de Concha Espina, Premio Fastenraht con *La esfinge maragata* (1913) y Nacional de Literatura con *Altar mayor* (1926), propuesta para el Nobel con su ilustre compañero don Armando Palacio Valdés en 1927, merecidos galardones a los que el tiempo y su trabajo añadirían el Miguel de Cervantes de 1940 (por un *Valle en el mar*) y la Cruz de Alfonso X el Sabio. Novelista de exquisito léxico y acrisolado pesimismo cristiano de fondo, «cumbre literaria» y «vida heroica», «de elegancia moral insuperable», los avatares de la vida, esto es, las miserables catástrofes del mundo literario (sin más metáforas: la quiebra de la CIAP, sinónimo, mientras funcionó, de prosperidad, bruscamente tornada, tras la bancarrota, en señal de hambre

y desamparo para tantos y aun tantísimos escritores le estaban causando penalidades sin cuento, angustias interminables. Ella, no obstante, sabía mantenerse señorial, «digna de su alta jerarquía». «Vamos a escucharla», requería, insistente, Alcázar. Aceptemos la sugerencia del periodista:

«A esas dos preguntas que usted me hace», principió, «de tan difícil respuesta categórica, no hay más remedio que sortearlas por ambages y orillas que nos dejen expresar nuestro sentimiento político. Porque más que ideas políticas, yo tengo, a este fin social, ideales y sentimientos hoy tan congelados y ausentes en la preocupación general de España».

«Sí, cierto. Pero ya usted sabe, señora», objetó respetuoso nuestro buen Alcázar, «que las masas españolas, aparte del anhelo muy legítimo de mejoramiento y de justicia social, fluctúan en esta hora crítica entre el comunismo y el fascismo».

—¿Comunismo?... ¿Fascismo? —exclamó doña Concha—. Yo añadiría, teóricamente, otro *ismo* a la novedad relativa de esos dos. Otro muy viejo, con una capitular enorme: el Cristianismo. Y diría que entre los tres, considerados verticalmente desde la máxima altura de su esencia, hallo una relación espiritual, que, de tan humana, hermosa y pura, me parece casi divina. Tal vez con escándalo de esa terrible religiosidad rutinaria y española de los que no sienten la verdadera religión de Cristo».

Tan tremenda afirmación le permitió plantearse la siguiente pregunta:

«¿Pero dónde están las criaturas que realicen aquella formidable ilusión?»

La responsabilidad o el compromiso no hay que buscarlos en los interrogantes, simples pretextos en demasiadas ocasiones; están en las respuestas:

«Cuantas tentativas se quieren acercar», explicaba nuestra novelista, «siquiera con muy remota semejanza, a tal propósito, se nos convierten en una caricatura, en un fracaso escarnecedor. Tenemos reciente en España el triste ejemplo de esto que digo y la fuerte reacción provocada por aquel simulacro torpe y burdo, imperdonable sobre todo por lo lleno de egoísmos, pasiones y codicias, en absoluto incompatibles no ya con la utópica igualdad humana, sino con la muy lícita y bella fraternidad de los hombres, que siquiera como ensayo pudo llevar a la práctica el nuevo régimen sólo con un poco de cultura, de educación y patriotismo».

Palabras en parte casi enigmáticas, o al menos confusas. Pero Concha Espina aclaró en seguida su significado: Del ideal a su realización, venía a decir... paciencia. Paciencia y educación; nobles capitanes, paradigmas de virtud: eso era lo que hacía falta. Y, mientras tanto, fascismo y comunismo, movimientos en los que doña Concha distinguía «hondas raíces cristianas», a vivir, matando el rato: los siglos, en la etérea región de «las promesas». No lo deduzco, son sus palabras:

No existen en España, a juzgar por el infeliz testimonio, esos primeros elementos para un buen combate radical y civil. Y habrá que esperar que el pueblo se eduque antes de querer imponerse, de sustituir la noble libertad por el vergonzoso libertinaje y el excelso arte constructivo por la irredenta destrucción.

Nos hacen falta, en primer término, capitanes que den la norma de la conciencia y la generosidad y levanten los dechados del caudillo a la sublime categoría de lo heroico.

Mientras este milagro se produce aquí, dejemos al comunismo y al fascismo, tan semejantes en sus hondas raíces cristianas, vivir en la región de las promesas.

Lo urgente y sagrado para nuestra conducta española es contribuir a los cimientos

de esa educación ineludible que necesita la clase proletaria, de la cual formamos hoy parte los escritores.»

Ya desrealizada la situación, lanzada pues de disquisición tónica en disquisición tónica, la doblemente ennoblecida dama no podía perdonar aquello de la España «invencible» y «redentora» ni tampoco dejarse en la recámara eso de «los mares caminos de romería hacia otro mundo». Se acordó, lo dijo:

«Hay que trabajar mucho en ese empeño, con optimismo y desinterés que equivalen al amor, para que se edifique en España un nacionalismo estimulante, sin xenofobia ni monomanía racista, sino a estilo nuestro, al gran estilo de la patria redentora que nos cupo en suerte y exaltar sus virtudes maternas con una fe inmensa, como la suya cuando abrió en lo incógnito de los mares caminos de romería hacia otro mundo.

Así podremos “todavía” creer en la democracia actual, heredera de aquel prodigio español; una democracia sin ficciones, como la del Parlamento, entre otras muchas. (Véase: “Un hombre, un voto...” (O una mujer, que es lo mismo).

Así, los que somos con angustia fatalmente individualistas, dentro de nuestra voluntaria inclinación a la comunidad de los hombres, podremos creer en el advenimiento de una España invencible y única..., aunque siempre disuelta, para las congojas del espíritu, en una multitud de soledades.»

Alcázar, enmudecido desde su primera y única objeción, añadió la firma. ¿Qué podía ocurrírsele al hombre? Su reportaje, presidido por una hermosa fotografía de la novelista, ocupa la parte central de la cuarta página del popular diario *La Voz* del día 16. Alrededor, simbólicamente, sólo libre la parte superior: la de las nubes, duras noticias de la amenazante y crispada realidad: robos (en Madrid, aquella misma noche, grupos de jóvenes sin trabajo habían asaltado diversos establecimientos de alimentación), rumores de huelgas, fatales accidentes, atracadores muertos por disparos de la Guardia Civil, inquietantes disensiones entre Francia y Alemania a propósito del desarme. ¿Qué pensaría, qué sentiría doña Concha al contemplarse en tan amarga compañía?

## 6. Armando Palacio Valdés o la pasión por el orden

Para concluir esta serie de reportajes, Alcázar pensó en Palacio Valdés, escritor ideológicamente afín a Concha Espina, nominado con ella en 1927 para el Nobel. Antiguo director de la *Revista europea* (en 1876), y autor, en colaboración con Clarín, de un libro titulado *La literatura en 1881*, al que aportó páginas sarcásticas y comentarios hirientes, tras moderar sus iniciales ímpetus, don Armando había llegado a convertirse en un acreditado paladín del conservadurismo. Su reverencial sentido de la autoridad, incluida la más ilegítima: la de los golpistas, le llevó, por ejemplo, a protagonizar un lance franca (y hasta franquistamente) inédito: en 1924 abandonó airado la presidencia del Ateneo en protesta por los ataques que sus socios dirigían contra Primo de Rivera. En consecuencia, a nadie sorprendería su pretendidamente arcangélica apología del fascismo: «Ignoro en qué consiste el *fascio*», comenzó. Y se

enzarzó después en una breve disquisición perogrullesca: «Parece que es una voz italiana que significa el régimen de gobierno que actualmente impera en Italia». Después, efectuada tan sutil aclaración, pasó, sin ambigüedades, a lo suyo: «Como periódicos y viajeros se hacen lenguas del orden, bienestar y prosperidad que allí reinan, debo pensar que el régimen no es malo y desear para España algo semejante».

En cuanto al comunismo, don Armando coincidía con doña Concha: «ideal cristiano», así, como suena, y, por supuesto, de la misma forma que cualquier otro ideal, irrealizable:

«En cuanto al comunismo, es un ideal cristiano que todos los cristianos debemos amar y apetecer. Puesto que los hombres somos hermanos, entre nosotros no deben existir desigualdades irritantes. Pero no hay que olvidar que es un ideal, y los ideales no se realizan en la tierra. Es condición precisa para que el comunismo sea un hecho que los hombres nos despojemos del egoísmo, que seamos por entero espirituales, que no amemos los goces de la tierra y sólo pensemos en el cielo. ¿Es esto factible? Por excepción lo ha sido entre un número muy reducido de humanos. Los monjes de San Bruno y San Bernardo lo han practicado, y en algunos conventos se practica todavía. Mas nadie que esté en su juicio puede imaginar que sea posible en toda la sociedad humana. El egoísmo es congénito con nuestra naturaleza. Sólo por milagro, y bajo el imperio de una exaltación religiosa, lograremos desprendernos de él.»

Esto, claro está, en cuanto al noble ámbito de las ideas se refiere. ¡Al diablo con los comunistas de carne y hueso!

«Los que hoy propagan el comunismo, lejos de hallarse bajo ese imperio, reniegan de Dios y del alma, sólo admiten la materia y consideran a los hombres como otros tantos animales», afirmaba rotundo. «En este caso», peroraba, «el comunismo es la vuelta a la barbarie. Faltando el estímulo del interés personal, sólo los santos son capaces de trabajar con eficacia».

«La caridad», aseguraba, «es la única palanca que puede levantar el mundo hasta la dicha. Los caudillos del socialismo y el comunismo son apóstoles del odio. Por eso, aunque tengan razón en el fondo, han fracasado en todas partes». «Aunque tengan razón en el fondo»: patética confesión que, parafraseando al cáustico Goethe, parecía preferir la injusticia al desorden.

A no ser que se me hayan escapado otras respuestas, la de Palacio Valdés, publicada el veintidós de febrero (pág. 2) puso fin a los reportajes de Alcázar sobre «¿Fascismo o comunismo?». Es una auténtica lástima que la serie sólo abarcase las opiniones de unos escritores cuyo tiempo, tanto por edad (Concha Espina, con cincuenta y siete años, y Palacio Valdés, por encima de los ochenta, enmarcaban a Pío Baroja, Benavente, Valle Inclán y Unamuno, todos ellos con más de sesenta), como por formación (liberal, o conservadora, pero decimonónica), ya había pasado. Eso supuso dejar en bloque sin voz a los novecentistas, el grupo del 14, la llamada generación del 27 y a la joven promoción de la República. Sus respuestas, no cabe duda, hubiesen sido bastante más conflictivas. Quizá por eso las eludiese *La Voz*, periódico tibiamente republicano, liberal y moderado, pensado y escrito para el gran público.

GONZALO SANTONJA  
Conde de Sepúlveda, 1.  
SEGOVIA.